

LA CABEZA Y LA EDAD



A tiene cabeza de nuevo la sirenita de Copenhague. Ya está a medias vengada la leyenda de Andersen. La reposición no será laboriosa. Existía, por lo visto, el molde de la sirena en algún lugar seguro de los archivos municipales de la ciudad. Fabuloso desván entre las brumas, donde los negativos de los duendes duermen un sueño doblemente irreal.

Los marinos de los cargos y de las gasolineras, los expertos de la navegación entre los fiordos, los ahitos de schnaps y de cerveza rubia que escuchan, en los meridianos más abstrusos, la voz de otras sirenas, podrán saludar la efígie soñadora de ese ser de bronce, testigo y emisario del sol sobre el raro arrecife. Duele, sin embargo, acordarse de que en algún lugar, probablemente profundo, yace la frente original, la cabeza decapitada de la otra sirena.

La sirena será otra porque la cabeza es lo único que personifica a las sirenas. Como a ciertos regimenes, les ocurre a las sirenas que si les arrancan la cabeza se convierten en pez. Por consiguiente, como a ciertos regimenes, a las sirenas les pasa que si les cambian la cabeza ya son otra sirena.

No pueden las sirenas permitirse, por tanto, el culto a la personalidad. Su anatomía responde a principios peculiares por los que, disuelta la hermosa cabeza, se revuelven en formas inconscusas, en amorfas digitaciones de la biología sin clasificación y sin rumbo.

Yo pensaba en el problemático sino de las cabezas esculpidas cuando inesperadamente, y sin cita, vino a verme un escultor innominado con la sorprendente pretensión de realizar mi modesta cabeza para exhibirla luego en una exposición. Mi única experiencia en el lance se remontaba a los años anteriores a nuestra guerra en los que un compañero mío de estudios, llamado Miguel Serra Badué, escultor primerizo, me pidió lo mismo. En aquella ocasión accedí ilusionado a ello. Pronto mi cabeza empezó a tomar forma de barro entre sus dedos. El parecido empezaba a ser convincente cuando, por diversas circunstancias, entre ellas la proximidad de los exámenes, empecé a faltar a las citas y a retraerme de las sesiones de "pose". Mi compañero disimuló al principio, pero luego se impacientó. A mi tercer o cuarto fallo observé que la expresión de mi rostro empezaba a mudar. Era una sutil, inexplicable mudanza. Aquel rostro seguía siendo el mío, pero con variantes inexplicables, que yo no podía localizar sino en el gesto, en cierto rictus de mis labios, en cierta depresión, precursora en el barro de las que luego me iban a sobrevenir. Era que Miguel Serra Badué daba en mi ausencia, y mientras me esperaba, unos golpes tremendos sobre mi cráneo, con lo que mi boca, al decir de amigos que conmigo compartieron la extrañeza, se iba volviendo cada vez más fina y besucona. Aquella experiencia estaba viva en mí cuando el nuevo escultor, el de ahora, me hizo su propuesta. Si el primer intento, cuando yo tenía poco más de veinte años, había fracasado, era porque, sin duda, entonces yo no estaba preparado para la posteridad. ¿Y ahora? Le dije, pues, al nuevo pretendiente, tajantemente que no.

Es muy difícil elegir la época en que a uno puedan "hacerle" justificadamente la cabeza, como no se trate de los asuntos higiénicos de la peluquería. La propuesta del escultor que ahora pretendía immortalizarme en piedra venía inoportunamente. De pronto, ante ella me sentí avejentado, carne de mausoleo y panteón. ¿No soy todavía pasablemente joven para la perpetuación en piedra, aun en la modesta piedra de Puigcerdá que, después de la exhibición pública, hubiera ido a parar sobre una ménsola doméstica? La propuesta del amable escultor era inoportuna porque justamente pocos días antes de ella había yo tenido una conversación, casi una diatriba, con un joven amigo, empeñado en clasificarme como hombre de una generación sobrepasada, al requerirme para que dialogara y aun me opusiera al punto de vista de los "jóvenes". La eterna cuestión de las generaciones venía a sorprenderme y afectarme, cuando un tercero pretendía pasarme ya, de frente y de perfil, a la enigmática piedra. ¿Nada de eso! Como a la sirena de Copenhague, quizá lo que me ocurría es que, de común acuerdo, el joven y el escultor se disponían a facilitarme una cabeza de repuesto. ¡Ni hablar!

Yo atendí, sin embargo, punto por punto, a todas las especulaciones y razonamientos de mi joven colega, un crítico ya en sazón, un escritor de empeño que, sin embargo, cifra toda su gloria no en sus talentos, que son muchos, sino en el hecho de tener veintitrés años. En este punto yo no podía transigir. También los tuve yo, y aún los tengo, sin que esto me clasifique por encima o por debajo de mis merecimientos específicos, sean nulos o aprovechables, pero en todo caso independientes de mi edad. Lo que es joven en nuestra época son las ideas —argüi—, sobre todo en los caminos de la ciencia y de la técnica; pero esas jóvenes ideas son justamente producto de hombres viejos, de la senectud. Einstein, Planck, Theilard du Chardin, Russell, Nils Bohr, hasta el viejo león de Churchill, han inventado el mundo de los jóvenes. Los viejos hombres engendran jóvenes impulsos y es inútil sustraerse a la ley de vida por la cual el origen de la juventud es la sazón de los viejos.

En cuanto a nuestra propia filiación, la de los que estamos en medio, a pesar de que pueda parecer confundida y medioerizada por su condición, no es probablemente más que una larga espera, también biológica y natural. Sin embargo, un acontecimiento ha venido a alterar en favor nuestro los matices de la vieja ley de la naturaleza. Y es el siguiente: el promedio de la vida de los hombres era, hace medio siglo, cuando nosotros nacimos, de cuarenta años de duración. Hoy, ese promedio alcanza a los setenta años de la vida de un hombre. Resulta, pues, que en el ínterin ha sobrevenido, como si acabara de ser fundada, una nueva promoción en la biografía de las sociedades: la de los que no somos ni jóvenes ni viejos, sino todo lo contrario. Ya llevamos por lo menos dos décadas en las que vemos sucederse a los jóvenes que nos increpan y mortifican pretendiendo pasarnos al desván. Y nosotros, como si guardaran nuestro molde en un almacén municipal de Copenhague, no parecemos modernos de sitio. Los jóvenes, en cambio, se suceden, son cada vez distintos, de año en año. Hay una constante, ininterrumpida jubilación de jóvenes, a los que al cabo de unos pocos años vemos dejar de serlo en un sentido promocional, para ser reemplazados por otros sucesivamente más intemperantes, pero igualmente efímeros. Y es que la juventud no es en sí misma una categoría, como no lo es en sí misma la vejez. Y en caso de que la edad fuera capaz de calificar la condición humana, las ventajas y valores estarían en favor de la última.

Puesto que el promedio de la vida de los hombres ha aumentado desde que nacimos en treinta años, nosotros, los que no somos de la nueva ola, pero que no fuimos tampoco de la vieja, parece que nos deslicemos en ski náutico sobre una de aquellas largas, interminables olas del Pacífico, ajenos al motor de los tiempos y a caballo simplemente de la dinámica de los años que el progreso químico y sanitario nos ha regalado. A los efectos de la madurez y de la filiación, la promoción a que pertenezco parece favorecerse en el tiempo de aquello que, en términos bancarios, se llama el "redescuento".

personajes definitivos

¡QUE impresión produce, sin embargo, contemplar la ilustre y longeva vida de los que ya están al término del camino! La ambición más fina y depurada del hombre quizá no consista en ser joven, sino viejo. Cuando mi amigo, el escultor estudiante, arremetía a mis espaldas contra mi cráneo, en definitiva hollaba y degradaba algo que podía llegar a ser, pero que no estaba hecho. Aspiramos, ciertamente, a realizar nuestra propia cabeza durante muchos años, hasta que nos parezcamos definitivamente a ella en su conclusión. Entonces la muerte es nuestra versión definitiva.

Leo y releo el reciente libro de José Cruset, "Personajes definitivos". Su título sugiere ya esta misión de permanencia y de obra terminada que es la vida de todo ser humano, entre su propia conciencia y ante los demás. La docena y pico de personajes definitivos con los que Pepe Cruset dialoga sobre los temas de la obra y de la vida son otras tantas cabezas construidas pacientemente a lo largo de los años. ¡Qué admirable galería y qué envidia inconfesada, pero limpia, sentimos hacia ellos! Ellos son concluidas efígies en un mármol que habla, cruzado por las vetas más hondas de la tierra, mientras nosotros nos dejamos deslizar sobre la portentosa ola que aún dura sin nunca llegar a la orilla...